

PEDRO MIR, CANTOR DE MUCHEDUMBRES

Eugenio García Cuevas

El recientemente fallecido poeta dominicano Pedro Mir es sin duda un cantor vital de la República Dominicana y de las islas del Caribe. Con una obra poética mínima, Mir sólo escribió lo esencial para convertirse en el poeta más leído, memorizado y celebrado en su país desde mediados del siglo XX. Parecería un Juan Rulfo que sólo necesitó escribir dos libros para hacerse lectura ineludible en las letras mexicanas y latinoamericanas. Un arrimo a *Hay un país en el mundo*, *Contracanto a Walt Whitman*, *Si alguien quiere saber cuál es mi patria*, *Huracán Neruda* y su último poema publicado *A Julia sin lágrimas* certifican que la línea unificadora y natural de la poesía de Mir es su devoción por lo caribeño, visto como una cifra entera, ontológica y existencial.

Conocido tardíamente por la crítica literaria latinoamericana de más renombre —como ha reconocido Jaime Labastida—, Pedro Mir despegó como poeta en 1937 cuando visita a quien sería su amigo de toda la vida —Juan Bosch— y le entrega modestamente unos versos para que éste los examinara y determinara si tenían calidad estética para publicarse en el suplemento literario del periódico *el Listín Diario*, que Bosch dirigía. Entonces este último husmea al muchacho encogido físicamente y se arriesga —con interrogantes— a escribir en la nota de presentación que si éste era el poeta social que la literatura dominicana había estado esperando. Mir no defrauda a Bosch y a partir de entonces su poesía toma otro rumbo. *Poemas del llanto trigueño* y *La vida manda que pueble estos caminos*, corroboran el renacimiento de otro poeta que potencialmente entraría en contradicción con el régimen dictatorial de Rafael Leonidas Trujillo, instalado en el poder en 1930. El exilio fue inminente en 1947: la poesía auténtica siempre es perturbadora. Llega a Cuba y allí conoce a connotadas figuras de las letras latinoamericanas.

En la otra isla caribeña, en Cuba, el poeta se empalma con los exiliados dominicanos liberales y antitrujillistas que

planeaban una incursión armada —por mar y tierra— con la intención de derrocar al tirano. El plan fracasa, pero el poeta asume su responsabilidad, quema la experiencia y posteriormente publica su primer poema memorable. Se trata de *Hay un país en el mundo*, 1949, una especie de himno-diccionario, una composición épico-lírica; un poema hondo y de denuncia donde varias generaciones de dominicanos y caribeños se encontrarían definidos por más de cuatro décadas. Con motivos y estrategias similares, la publicación de este libro-poema sale a la luz pública un año antes que el monumental y ambicioso *Canto General*, 1950, de Pablo Neruda.

En 1952 Mir se desplaza a México con la intención de publicar otro de sus grandes poemas *Contracanto a Walt Whitman*. El plan no se concretiza y es finalmente en Guatemala donde esto se hace realidad. Este mismo año asiste, en Viena, al Congreso de los Pueblos y allí conoce a Jorge Amado, Louis Aragon y otros intelectuales que en ese momento militaban a favor de las causas de los pueblos oprimidos y neocoloniales. En 1953 lo encontramos como delegado latinoamericano de un encuentro similar en Rumania.

Tras muchos años de andar por diversas geografías, el poeta regresa a su país luego de la muerte de Trujillo ocurrida en 1961. Cercada su obra por la dictadura y sólo leída clandestinamente por una minoría por décadas, desde entonces sus poemas se confunden con la muchedumbre: Las multitudes recuperan a su juglar, su voz se desata, se dispersa y se le recita al unísono por barrios, escuelas, campos, clubes culturales, universidades, teatros y plazas públicas. Sus poemas pasan a ser referentes para los sobrevivientes de la dictadura. También para la resistencia a los remanentes del neotrujillismo, representada desde 1966 hasta 1978 por el régimen de Joaquín Balaguer.

Ligado a la docencia como profesor de estética, trabajo que alternó con la investigación histórica desde mediados los años 60, Mir dejó de escribir poesía tempranamente. Es en 1975 cuando regresa a su oficio de poeta y publica su *Huracán Neruda*. Pero el hijo de la criatura borinqueña y el obrero cubano —como él mismo dijera— también escribió en prosa. El ensayo y la narrativa fueron sus otras convocatorias: *Tres leyendas de colores*, 1969; *El gran incendio*, 1970, *Las Raíces dominicanas de la doctrina Monroe*, 1974; *Las dos patrias de*

Santo Domingo, 1975; *La noción de período en la Historia dominicana* (Tres tomos, 1981-1983); *Historia del hambre en la República Dominicana*, 1987 y *El lapicida de los ojos morados*, 1993, son sus ensayos. Su obra narrativa se compone de *Cuando amaban las tierras comuneras*, *La gran hazaña de Limber* y *después otoño* y *Buen viaje*, *Pancho Valentín* (*Memorias de un marinero*).

Situado entre los llamados poetas independientes del 40, la obra poética de Mir fue una apuesta y una urgencia a la historia inmediata. Si bien es cierto que la dictadura y sus trapiques de "azúcar y alcohol" ya no existen como él los plasmó en sus metáforas, valdría la pena preguntarse en qué medida su poesía contribuyó a que la realidad que él poetizó y reveló fuera rebasada. De ser así, habría que recordar entonces el viejo y polémico paradigma de que la palabra poética también hace y transforma la historia.

Eugenio García Cuevas